

«Este sol de la infancia...»

(En el cincuentenario de la muerte
de Antonio Machado)

ÁNGEL GARCÍA GALIANO*

EL 22 de febrero de 1989 se han cumplido cincuenta años de la muerte de Antonio Machado. Al margen de los fastos más o menos oficiales que, con motivo de este aniversario, se celebrarán en su honor y su memoria, es hora ya de repasar, con la perspectiva que otorga el tiempo, el fondo común que anida y anhela en toda su obra poética. Hagámoslo de la mano y al compás de ese famoso último verso suyo que se halló, el día de su muerte, en un bolsillo del poeta fallecido:

Estos días azules y este sol de la infancia

Machado escribe este último verso apresurado cuando, en pleno exilio, sabe, cansado y enfermo, que su viaje, esta vez, sólo tiene billete de ida. Sin embargo, el hombre acosado por la angustia de la huida, tiene el vigor y la esperanza suficientes para esbozar esas palabras memorables: «Estos días azules y este sol de la infancia...» En medio de la tristeza es capaz aún de percibir el encanto de aquel sol marchito del invierno: «Este sol de la infancia». Su infancia, hartamente famoso es, «son recuerdos de un patio de Sevilla», una ciudad bruñida por el sol, esplendente. Asombra, pues, que Machado, al borde de la muerte, no sólo evoque la felicidad de aquellos días, sino que, más aún, la trascienda y la asuma en un presente, el suyo, quebradizo y sin futuro. No escribe «aquellos días», «aquel sol de la infancia», sino «estos días», «este sol». La melancolía del recuerdo, como en toda su obra, se trueca de este modo en esperanza: los días pasados, ciertamente hermosos, ya no volverán, pero sí otros momentos y otros soles parecidos que habrán de seguir brillando. Ojalá que dicho verso fuera la premonición más segura de la luz que había de esperarle al otro lado de la frontera, en el exilio definitivo.

**EL BINOMIO
MELANCOLÍA-
ESPERANZA**

Esta constante, el binomio melancolía/esperanza, como decimos, está presente en toda su obra, desde las primeras composiciones adolescentes de *Soledades*, hasta ese manuscrito hallado en el bolsillo, ese verso huérfano de poema, presencia y anuncio del sol postrero.

Toda la obra poética de Antonio Machado no representa sino esa mezcla constante de sentimientos contrapuestos: paisaje interior y exterior, la belleza fugaz de los presentes, la exaltada melancolía del tiempo que pasa en cada instante, el amor tenaz que se

* Universidad de Deusto.

desgaja, angustia y salvación, dolencia y esperanza. En el opaco tono de su registro poético, Machado bordonea una y otra vez estos parajes del claroscuro. En sus primeros poemas el mundo reflejado, el paisaje, es el anímico, en *Campos de Castilla* cobra protagonismo el yermo austero de la meseta. En ambos, la sensación final es sumamente parecida, cambia sencillamente la perspectiva.

En una carta a Juan Ramón Jiménez confiesa que le había empezado a disgustar el hecho de cantarse siempre a sí mismo, y que ésa era la razón de su apertura y encuentro con el paisaje castellano. Quizás otro motivo fuera su amor por Leonor: un Machado más sereno, contento y reposado que abre sus ojos al mundo y ve el paisaje como es, no como simple espejo de su corazón. Sin embargo, esa fugaz apertura al exterior dura bien poco: la súbita y dramática muerte de Leonor trae consigo el cambio que anunciábamos. A partir de la segunda edición de *Campos de Castilla*, los nuevos poemas vuelven a ser evocaciones externas de los estados anímicos del autor. El poema «A un olmo seco», es harto revelador de lo que digo: describe en la enfermedad del viejo árbol la de su propia mujer moribunda. La intensidad es tan honda que, al final del mismo, el dolor se trueca una vez más en esperanza: antes de que muera definitivamente, antes de que lo derriben:

*olmo, quiero anotar en mi cartera la
gracia de tu rama verdecida. Mi corazón
espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Pocos meses después de escrito este poema muere Leonor y su vida cambia por completo. Le espera una luminosa Baeza, en los olivares de Jaén, pero su corazón abatido, extrañado en su propia tierra andaluza, vuelve una y otra vez, hecho palabra poética, a tierras de Castilla en busca de su mujer, hecha presencia en el paisaje que juntos transitaron. Los poemas de esta época son absolutamente excepcionales: el paisaje soriano contemplado desde el recuerdo se transforma una vez más en paisaje del alma. Son años, a la sazón, de una fe religiosa muy intensa en el poeta. Su esperanza de volver a ver a Leonor lo mueven a dirigirse a Dios cara a cara, con verdadera pasión y trato íntimo. Sobre este aspecto cabe hacer unas breves consideraciones, útiles sin duda para remarcar esta constante vital que envuelve a Machado: la lucha y oposición entre tristeza y esperanza. Centrémonos, sin embargo, por mor de brevedad, en los últimos años del escritor. En este período final de su existencia, en plena guerra civil, la poesía ha sido dejada en manos de sus heterónimos, él se afana más ahora en el ensayo filosófico y la reflexión. En sus artículos aparecidos en la revista *Hora de España*, de la que fue asiduo colaborador en el bienio 1937-38, encontramos expuestas, en la forma deshilvanada y a vuelapluma propia de los artículos de prensa, sus últimas y más constantes obsesiones. Sabido es que el pensamiento de Machado vistió siempre la levita del pesimismo y que se tino de corte exis-

**SALIR DE
SÍ MISMO**

**TRAS LA
MUERTE
DE
LEONOR**

**EL
TIEMPO Y LA
MUERTE**

Lola Membrines con los hermanos Machado el día del estreno en España de su obra «Las adelfas».

tendal tras su paso por la Facultad de Filosofía. Pero también, y a la par, conviene recordar su frase, escrita en 1938, en que declara: «El fondo de mi pensamiento es triste, pero yo no soy un hombre triste».

Vale decir: Machado no se conforma, intuitivamente si queremos, sentimentalmente, con el pesimismo racional que comportaba su pensamiento. En estos últimos escritos hallamos las dos grandes obsesiones definitivas de su vida y de su obra: el paso del tiempo, la muerte, pero también y al mismo tiempo la esperanza, teñida de una cierta religiosidad, fundada en la convicción más o menos política de la fraternidad revolucionaria. Recordemos que estos artículos se escriben durante la guerra.

En cuanto al primero de estos temas, es sabido que el sentido de la temporalidad conforma en buena parte la base de su obra poética y de su poética misma: la vida fugaz, mediatizada por un final irremplazable cuyo único sentido es, precisamente, el de pasar, única manera posible de ser, es asociada y comparada a la melodía musical: cuya belleza y sentido está también en su temporalidad. Así la poesía, definida por él mismo unos años antes como «palabra en el tiempo». La muerte es, de este modo, la otra cara de la vida, que necesita, para brillar, de ser quemada. Esta concepción está, indudablemente, teñida de una fuerte melancolía: el paso inexorable de las horas, agosta en buena parte la dicha del que, embriagado en el gozo del instante, añora la eternidad de ese momento fugaz y percedero. Pero la vida, como la música, sólo es posible si es temporal, y el tiempo lleva en sí mismo impreso su final: ahí radica —dice Machado— el encanto (melancólico) de la misma.

Parejo a la reflexión sobre el sentido del tiempo y la finitud de la existencia, son recurrentes en su pensamiento último las indagaciones en el ámbito de lo religioso. Fuertemente influido por el pensamiento cristiano-anarquizante de Tolstoi y de Dostoievski,



Machado ve en Cristo el símbolo y el fundamento de la fraternidad universal que predicán los nuevos revolucionarios. No creemos que se trate de un pensamiento cristiano, en el sentido literal y ortodoxo del término, pero indudablemente nos revela una vez más esa constante dualidad de la que partimos y nos alumbra acerca de la contradicción innata de su alma, arrastrada una y otra vez desde la orilla oscura del pesimismo hacia la luz de una esperanza: su último verso, como dijimos al principio, es un verdadero escaparate, en su brevedad y concisión, de este vital afán por encontrar siempre un camino; incluso, como ahora hace cincuenta años, cuando al borde de la muerte, con su madre agonizante, tras la fatiga de la huida y el miedo del destierro, es capaz de decir, y creer: «estos días azules y este sol de la infancia». No podemos evitar, al leerlos, un temblor y un pasmo. El mismo que nos produce esta coplilla, escrita también algunos meses antes:

*Y en el ancho llano «me
quitarán la ventura—dice el
hidalgo viejo— me quitarán
la ventura no el corazón
esforzado.»*

Valga el recuerdo y la meditación sobre estos versos para proponer desde este recuadro, cincuenta años después de su muerte, la mejor ofrenda a que este aniversario nos invita: la relectura de la obra de Antonio Machado.